



EL BO.—Museo Romántico.

EL TORO EN EL CAMPO

"El toro bravo necesita smeros y cuidados en su crianza; son infinitos los trabajos que ocasiona, los disgustos que acarrea y el dinero que cuesta." (Sánchez de Neyra. Gran Diccionario Taurómico. 1896.)

ESTOS dos tremendos productos ibéricos, el toro de lidia y el gallo de pelea, transmiten en sus generaciones la ferocidad distintiva, ley de herencia a la que todos los individuos obedecen. La bravura, el impulso ciego contra todo lo que por extraño resulta molesto. Como los tipos—estructura, volumen y color—, estos hereditarios mandatos se ponen en pie en cada gota de sangre del toro o el gallo de pelea, y mientras una gota queda todavía en las venas, gallo y toro lucharán. Esto es la casta. En cuanto al toro, que admite la forma sociable en su vida y crianza, ferocidad que templada la nobleza, más asequible al trato con el semejante, la disposición pecuaria determina lo que unos llaman afición, y como tal la sienten; lo que otros entienden como industria, y como tal la organizan: la ganadería de toros bravos. Sobre las vicisitudes de tres siglos, guerras y convulsiones políticas, Castilla, Navarra y Andalucía han mantenido la complicada organización de las ganaderías de lidia, consumiendo enormes capitales, que criar un toro—toro ibérico, poderoso, feroz, noble y bello!—supone la cuidadosa conservación de los mejores elementos raciales predominantes y el mantenimiento inalterable de un medio geofísico para que el ambiente no destruya lo que la simiente conserva en sus reservorios, tan cuidadosamente observados, con análisis empíricos, con aforos que hace el ojo sobre el saín de los sementales. Esto, ayudar a la naturaleza, perfeccionar los apareamientos, conservar con celo las especies, es lo que el ganadero realiza. El es también viva e inteligente ley de herencia, por eso la conserva en lo puramente animal, que administra, y goza y sufre con los triunfos o fracasos de la Divisa, toda una bandera de amor propio sobre los lomos de las reses, en las tardes redondas y encendidas de sol y pasión.

Sea Pedraja del Portillo o Villarrubia de los Ojos, se deba a Valladolid o a Ciudad Real la primera ganadería brava como tal organización de crianza, en ellas está el origen, y don José Gijón, mediando el siglo XVIII, funda la casta gijona, toros manchegos que originan cien vacadas castellanas en los que corre bajo una encendida piel una sangre aún más encendida. Los Gallardos, de Puerto de Santa María; los utreranos, Cabrera y Vistahermosa—los condesos eleberrimos—, que originan los

vasqueños; los Zalduendo, de Navarra; los del Colmenar, y luego, terminando el pasado siglo, una red complicada de herencias y ventas, de divisiones y subdivisiones, llevan al momento presente, en el que cada árbol genealógico es de por sí una selva. Y a pesar de todo, del acomodamiento de tipos para llegar al toro de "cómoda estructura", de cuando en cuando la auténtica bravura aparece en los ruedos. De aquellos toros de la "Tauromaquia" goyesca a éstos que vemos, ¡tan bonitos!, hay un indudable progreso. Se han mejorado los tipos y se ha templado la sangre. Esa es la obra industrial manufacturera de estos tiempos. Es lo que pide el público al imponer un estilo preciosista a los toreros. Hay un grave peligro en esto: los estilos pasan como pasan los toreros, pero la "casta" ha de quedar. Esa, si se pierde no se recobra. Mantener la casta es la obra del ganadero por afición; acomodaría al mercado y a los gustos es la del ganadero industrializado. Un sabio equilibrio entre lo que ha de conservarse puro, básico, inalterable, y lo que ha de acomodarse al medio ambiente, es casi imposible. En esta lucha entre la afición y la conveniencia viven los ganaderos en diaria ofrenda de afanes y dinero para gozar de ese momento ambicionado en el que su toro se arranca desde largo y recarga sin dolerse al castigo que abre sus carnes. Que el mayoral dé la vuelta al ruedo con su paso tardo y perniabierto de hombre que vive a caballo: eso compensa los disgustos de un año entero.

¡Cuántas esperanzas en el toro que alza su cabeza, atento al viento que pasa, a la hoja que se mueve, brillantes los ojos con lumbres negras! Faenas—verdaderos afanes—del oportuno

destete, de la preparación para la tienta; una incógnita cada animal, cuidadosa observación como cimiento de cada nombre, de cada pelo, de cada tipo de cuerna, confrontando lo que la simiente conserva o la cruza modifica. Pasa así el año entero. Invierno, que prepara las tardes de primavera y verano, llenas por el oleaje de la pasión y el grito de triunfo o de ira cuando el toro aparece, ondeando sobre sus lomos las cintas de la divisa, con orgullo de casta, para la pelea animal de muerte y honra, en la que los hombres ponen toda su afición orgullosa.

GIRALDILLO

